



CAPÍTULO

1

*Territorio de Arizona, 1877*

**E**L ALARIDO PARECÍA FUERA DE LUGAR EN ESE PACÍFICO cañón desértico, lleno de arces altísimos y miles de pájaros cantores. La primera vez que lo oyó Hen Randolph pensó que debía de producirlo alguno de esos pájaros, pero cuando lo oyó por segunda vez se dio cuenta de que se trataba del grito de una mujer. Sin saber hacia dónde se dirigía o qué lo esperaba más adelante, arrancó a correr a lo largo del estrecho camino que bordeaba la pared del cañón.

Al dar una curva, oyó la voz ronca de un hombre. El cañón se abría en un pequeño claro, libre de rocas, que reposaba sobre la empinada ladera que caía sobre el arroyo. En el fondo, contra la pared del cañón, bastante alejada del riachuelo, Hen vio una pequeña casa de adobe. Frente a ella, un hombre y una mujer estaban discutiendo; gritaban y se atacaban mutuamente, dándose golpes con la mano abierta. Hen disminuyó el paso y luego se detuvo. Le habían dicho que Laurel Blackthorne no estaba casada, pero lo que estaba presenciando parecía una

pelea doméstica. Sin embargo, justo cuando Hen comenzó a dar media vuelta, la mujer volvió a gritar con un tono desesperado que indicaba que estaba en peligro.

—Si tocas a mi hijo, ¡te juro que te mataré!

El hombre la empujó hacia un lado, pero ella salió corriendo delante de él.

—¡Adam, escóndete! —gritó la mujer.

El hombre era más rápido y la alcanzó. La mujer se abalanzó sobre él y lo agarró del brazo para no dejarlo avanzar.

Hen decidió acercarse.

El hombre parecía querer deshacerse de ella. Aunque la mujer era mucho más bajita, lo agarraba con fuerza. Entonces la golpeó. Sencillamente, le dio un puñetazo.

La mujer cayó al suelo.

Hen sintió que se llenaba de rabia. Tenía pocos principios, pero se aferraba con tenacidad a los pocos que tenía. Entre los más importantes estaba el de que un hombre nunca debía golpear a una mujer.

Sacó el arma, pero antes de que pudiera gritar para advertirle, el hombre entró como una exhalación en la casa de adobe. Un momento después salió, iba arrastrando a un niño.

—¡Suélteme! —gritaba el niño, al tiempo que daba patadas y puñetazos al desconocido.

Laurel hizo un esfuerzo para ponerse de pie y trató de quitarle el niño, pero él volvió a golpearla. La joven se tambaleó, pero no se dio por vencida. Lo siguió, mientras él caminaba hacia su caballo.

Hen volvió a enfundar el arma y comenzó a correr hacia ellos tan rápido como podía. No podía disparar y arriesgarse a herir a la mujer o al niño. Absortos en el forcejeo, ninguno oyó que Hen se aproximaba.

—¡Suéltelos! —gritó Hen cuando todavía estaba a unos cuantos metros del grupo.

El hombre se quedó paralizado; el chico siguió forcejeando; Laurel golpeó al hombre con el puño, pero él la agarró

por el brazo y la obligó a arrodillarse. Al llegar hasta él, Hen lo golpeó tan fuerte que el hombre se desplomó, aturdido. El chico se soltó y corrió hacia su madre.

—Venga, señora, déjeme ayudarla a levantarse —dijo Hen y le ofreció la mano.

La mujer no trató de levantarse enseguida. Cuando se inclinó hacia delante y se apoyó en el suelo con una mano, mientras agarraba a su hijo con la otra, se estremeció al tratar de llenarse los pulmones de aire. Entonces levantó la cabeza para mirarlo. Hen sintió que el estómago se le revolvía y la rabia que había surgido dentro de él se arremolinaba con más ferocidad que antes. La mujer tenía la cara llena de golpes. Se veía que había presentado batalla y que el hombre le había pegado de manera inclemente.

Al dar media vuelta, Hen vio que aquel canalla estaba tratando de levantarse.

—Sólo un cobarde es capaz de golpear a una mujer —gruñó y le dio un empujón que lo mandó de nuevo al suelo. Hen se agachó y lo levantó—. Sólo un maldito gallina es capaz de hacerle daño a un niño. —Una serie de golpes consecutivos dejaron al hombre en el suelo, incapaz de levantarse, pero Hen lo sostuvo para que no se cayera.

—Si lo vuelvo a encontrar aquí, le meteré una bala en la cabeza. Si vuelve a tocar a esta mujer o a su hijo, lo mataré. —Una última bofetada lo mandó al suelo. Hen le dio una patada al arma para que quedara bien lejos del alcance del hombre. Luego tomó una cuerda de su silla de montar, le dio la vuelta al hombre hasta hundirle la cara en la tierra y le ató las manos por detrás.

—Lo voy a matar —rugió el hombre por entre un par de labios ensangrentados.

—Puede intentarlo —dijo Hen, mientras apretaba el nudo con fuerza.

—Nadie toca a un Blackthorne y sigue vivo.

Hen se agachó y le habló al hombre al oído, con voz amenazadora:

—Este don nadie tiene un nombre. Randolph. Hen Randolph. Recuérdelo. Si vuelve a molestar a esta mujer, se lo voy a grabar en la frente. —Hen le dio otra vuelta al hombre. Cuando éste hizo ademán de darle una patada y trató de ponerse en pie, le dio un tirón a la cuerda y el hombre soltó un alarido de dolor. Luego lo obligó a ponerse de rodillas y lo amarró de pies y manos, como un ternero a punto de ser marcado.

Luego se volvió a mirar a Laurel. Todavía estaba sentada en el suelo y tenía a su hijo abrazado de manera protectora.

—Déjeme ayudarla a ponerse en pie. Tenemos que hacer algo con esos golpes.

—¿Quién es usted? —preguntó la mujer.

—Soy el nuevo comisario de Valle de los Arces. Supongo que usted es Laurel Blackthorne.

Laurel lo miró fijamente.

—¿Se da cuenta de que acaba de firmar su sentencia de muerte?

La mujer hablaba con un tono pendenciero que no indicaba ningún sentimiento de gratitud por lo que él acababa de hacer. No era exactamente la respuesta que Hen esperaba.

—No, señora, no pensé en eso. Creí que les estaba ayudando a usted y a su hijo. No me pareció que usted se estuviera divirtiendo mucho.

—Ése es Damian Blackthorne —dijo la mujer, todavía con un tono airado, sin rastros de gratitud.

—¿Y?

—Que tiene al menos dos docenas de hermanos, primos y tíos.

Tal vez estaba demasiado asustada para mostrar sus verdaderos sentimientos, se dijo Hen.

—Me lo imagino. Los problemas nunca se ven, pero sí tienen mucha compañía.

Laurel siguió mirándolo fijamente.

—O usted está loco o es un imbécil.

Hen sonrió.

—Me han acusado de las dos cosas. Pero ahora lo mejor será que comience a curarle la cara. Me dijeron que usted era una mujer muy bonita, pero en este momento no está muy atractiva que digamos. —Volvió a ofrecerle la mano, pero la mujer se negó nuevamente a aceptarla.

—Al menos usted es más amable que los otros pistoleros que trataron de ser comisarios —dijo Laurel y siguió mirándolo fijamente—. Espero que le organicen un gran funeral.

—Señora, hasta ahora el trabajo de comisario no me ha llevado mucho tiempo, pero, si usted no se levanta pronto del suelo, creo que en cualquier minuto llegará Hope a preguntarme por qué no he llegado a comer. Además, será más fácil limpiar toda esa sangre antes de que se seque.

Laurel por fin aceptó la ayuda de Hen. Tenía unas manos secas y ásperas al tacto, no suaves y delicadas como las de las mujeres que él conocía.

—Éste es mi hijo, Adam —dijo Laurel, al tiempo que se levantaba.

Adam siguió aferrado a su madre; al parecer todavía no estaba seguro de poder confiar en Hen.

—¿Qué estaba haciendo él aquí? —preguntó Hen, mientras señalaba a Damian.

—¡A usted qué le importa! —gritó Damian—. Cuando me suelte, ¡le voy a llenar el trasero de agujeros!

Hen agarró el pañuelo de Damian y se lo metió en la boca.

—Ese tío no sabe cómo hablar frente a una señora —dijo Hen y volvió a concentrar su atención en Laurel.

—¿Usted nunca se inmuta ante nada? —preguntó Laurel.

—Eso es una pérdida de energía y no cambia las cosas. Ahora, veamos si puedo hacer algo por su cara.

—Yo me puedo cuidar sola.

A Hen le molestó que ella pareciera temerosa de que la tocara.

—Estoy seguro de que puede, pero no tiene que hacerlo.

—Preferiría hacerlo.

—La gente no siempre puede hacer lo que prefiere.

—Su trabajo es proteger a la gente, no atacarla. ¿Acaso no se lo le dijeron cuando le contrataron?

—Supongo que prefirieron no darme instrucciones. Parecían tan ansiosos por colgarme la insignia de comisario que no querían decir nada que pudiera hacerme cambiar de opinión.

—Eso parece muy típico de Valle de los Arces —dijo Laurel con tono despectivo—. A menos que lo vean con sus propios ojos, piensan que no puede haber nada que esté mal.

—Mucha gente es así. Eso es más fácil que actuar para remediar lo que no está bien. —Hen echó un vistazo a su alrededor y finalmente vio una cacerola no muy honda—. Voy a traer un poco de agua. Mientras, busque usted algo para limpiarse esa sangre.

Laurel lo vio salir y se maravilló de la seguridad de ese hombre. O bien era un gran tonto, o era más hombre que media docena de Blackthorne juntos. Luego sintió un ligero estremecimiento que le bajaba por la espalda, la misma sensación que tuvo cuando Hen la tocó.

Por la manera en que había manejado a Damian, Laurel no tenía duda de que Hen era un hombre inteligente, lo cual le parecía una contradicción, pues sólo un tonto trataría de ser comisario de Valle de los Arces.

Cuando Hen regresó, Laurel estaba dentro de la casa. Adam estaba parado en la puerta, como si estuviera protegiendo a su madre. Miraba a Hen con desconfianza, pero no salió huyendo.

—¿Tú estás bien? —le preguntó Hen al chico.

—Sí.

—Damian nunca le haría daño a otro Blackthorne —dijo Laurel y salió de la casa—. Adam es su sobrino —explicó, al ver la expresión de confusión de Hen.

—Lástima que no sienta lo mismo con respecto a usted.

—Podría hacerlo, si yo le hubiese dado lo que quería.

Hen corrió una silla que estaba cerca de la casa hasta un lugar donde entraba más luz, gracias a un agujero del toldo que había encima.

—Siéntese.

Laurel pensó que nunca había conocido a nadie tan frío e imperturbable. O tan poco curioso.

—¿No me va a preguntar qué quería Damian?

—Me imagino que no es de mi incumbencia.

—No lo es, pero Damian se va a encargar de que sí sea de su incumbencia —dijo Laurel y gimió cuando Hen le tocó la cara y se la volvió hacia la luz.

—No hable.

Laurel se sentó absolutamente quieta, mientras se esforzaba por disimular lo mucho que le dolía la cara. En ese momento, el impacto inicial ya estaba pasando y sentía que cada herida le palpitaba de manera intensamente dolorosa. La tela fría y mojada que Hen le aplicó sobre la cara no logró aliviar el dolor, ni borrar las marcas que le impedirían dejarse ver en público durante varias semanas.

—¿Tiene algún remedio para curar las heridas? —preguntó Hen.

—Unas hierbas —contestó Laurel.

Laurel le pasó a Hen una botella pequeña. Hen la olisqueó y, luego de quedar aparentemente satisfecho, le limpió con cuidado la sangre y la tierra de un lado de la cara y le aplicó una buena cantidad de la solución medicinal para desinfectar la herida.

Hen trabajaba en silencio.

Entretanto, Laurel se maravillaba de su delicadeza. Nunca había conocido a un hombre que considerara siquiera la idea de atender a una mujer. Las mujeres tenían que atenderse solas. Tampoco se había imaginado que un hombre lo suficientemente fuerte como para dominar a Damian tendría tanto cuidado para no hacerle daño. Sin embargo, debajo de esa

delicadeza, Laurel presentía una dureza que parecía llegarle hasta el propio corazón.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó finalmente Hen.

—Pensé que no le interesaba —respondió Laurel. No sabía por qué, pero el hecho de que él no hubiese preguntado antes le resultaba irritante.

—A mí no me interesa. Pero al comisario sí.

—¿Acaso hay alguna diferencia?

—Claro.

Laurel le creyó. Si alguien pudiera dividirse en dos, ese alguien sería el hombre que se encontraba frente a ella. ¿De qué otra manera podía ser tan delicado al tocarla, cuando en todo lo demás él parecía tan frío? Sin embargo, el contraste la intrigaba bastante, al igual que esos ojos, los más azules que había visto en su vida.

—Mi esposo murió antes de que Adam naciera. Ninguno de sus parientes le prestó atención cuando era un bebé. Pero ahora que tiene seis años y creen que el niño debe irse a vivir con ellos.

—Y supongo que usted no está de acuerdo.

—¿Y usted sí? —En medio de su agitación, Laurel se retorció mientras Hen la curaba e hizo un gesto de dolor.

—Quédese quieta.

Es verdad que era un hombre que podía ser delicado, pero no tenía ni una pizca de compasión. Laurel estaba segura de que sería más expresivo con su caballo.

—Yo no sé nada sobre su situación —dijo Hen, sin apartar los ojos de lo que estaba haciendo—, pero, de acuerdo con mi experiencia, un chico que crece rodeado solamente de mujeres tiende a volverse un cobarde. Y eso le puede costar la vida.

Laurel se zafó.

—¿Y su experiencia le ha mostrado lo que les pasa a los chicos que crecen como Damian?

—Por lo general, se hacen matar.

Hen se comportaba como si estuviese hablando del clima y no de la vida y la muerte.

—¿Y cree que Adam debería crecer así? —le espetó ella.

—Nunca me ha gustado ver morir a nadie, ni siquiera a aquellos que se lo merecen. —Hen volvió a agarrarle la cara y reanudó su trabajo.

Al menos no estaba de acuerdo con asesinar; eso ya era algo, pensó Laurel.

—No tengo ninguna intención de permitir que Damian ni ningún otro Blackthorne ponga sus manos sobre Adam. No quiero que se convierta en un cobarde, pero tengo la intención de que crezca con algunos principios.

—Ojalá lo logre.

—¿Acaso no cree que pueda hacerlo? —preguntó Laurel. Pero ¿a ella qué le importaba lo que pensara ese hombre? Enseguida se sintió mal por haber preguntado.

—No lo sé. Usted parece ser una mujer muy testaruda, pero no sé si es buena para lograr lo que se propone.

Laurel volvió a zafarse.

—He logrado muchas cosas, entre otras, cuidarme sola durante casi siete años.

—No lo estaba haciendo tan bien hace un rato.

Hen volvió a girarla hacia la luz. La mujer hizo un gesto de dolor cuando él le tocó el hombro.

—Tiene un golpe debajo del vestido.

—Me di contra una piedra cuando me caí.

—Déjeme verlo.

—No.

—¿Acaso tiene miedo de que me aproveche de usted? —preguntó Hen y la miró de manera inflexible.

—No... no.

—¿Le parece que sería inmoral?

—Claro que no.

—Entonces, déjeme ver el golpe.

Tampoco tenía sensibilidad, pensó Laurel para sus adentros, mientras se deslizaba el vestido por encima del hombro. Estaba claro que ese hombre no entendía lo hu-

millante que era para ella tener que someterse a sus cuidados.

Cuando Hen la tocó, Laurel prácticamente saltó de la silla. Pero no porque le hubiese hecho daño. Por el contrario, la tocó con tanta delicadeza que sintió una oleada de energía que la dejó un poco mareada. Se olvidó por completo del dolor en la cara y sólo sentía los dedos de Hen sobre la piel ardiente de su hombro. Laurel no logró obligarse a mirarlo. De repente se sintió intensa y dolorosamente consciente de que él era un hombre y ella una mujer.

«Deja de portarte como una tonta. Sólo estás actuando así porque llevas siete años sin que te toque un hombre».

Independientemente de la razón, era imposible quedarse indiferente.

—No hay una herida profunda —dijo Hen y le hizo un poco de presión. Laurel sintió un dolor tan agudo como la punta de un alfiler. Hen debió de ver la mueca de dolor, pero no se disculpó—. Tendrá que tener mucho cuidado durante varios días.

—¿Ya me puedo vestir, doctor?

Hen sonrió.

—¿Tiene alguna planta de higo chumbo por aquí?

—Subiendo el cañón —dijo Laurel, mientras se arreglaba el vestido.

—Ahora mismo vuelvo —dijo Hen y se marchó caminando con toda tranquilidad.

Laurel se alegró de que se marchara. Necesitaba tiempo para tranquilizarse. Era evidente que no estaba tranquila, porque de otra manera no estaría sintiendo esa reacción tan ridícula, esa sensación de no querer que Hen la tocara, pero desear al mismo tiempo que lo hiciera; de buscar consuelo en un lugar donde no esperaba encontrarlo.

—¿Adónde va, mamá? —preguntó Adam. El niño no se había separado del lado de su madre durante todo este tiempo.

—A buscar unos higos chumbos, aunque no sé qué quiere hacer con ellos.

Pero ese misterio no le interesaba tanto como descubrir la razón por la cual ese hombre le producía un efecto tan poderoso. Laurel nunca había disfrutado de las caricias de Carlin. Desde el comienzo, cuando todavía era una muchacha alocada e ingenua y creía que estaba enamorada de él, estar cerca de Carlin le resultaba extrañamente desagradable. Sin embargo este desconocido la había tocado sólo una vez, pero había sido suficiente para que ella sintiera que su cuerpo comenzaba a estremecerse de deseo, que la piel le quemaba y toda su sensibilidad se despertaba haciendo que se sintiera vulnerable y estúpida.

Debía de ser el impacto de los golpes, pensó Laurel. Damian se había portado como un animal. Pasarían muchos días antes de que ella se sintiera otra vez en forma.

—¿Alguien más va a venir a buscarme? —preguntó Adam y parecía asustado.

Laurel siempre había tenido miedo de que los Blackthorne vinieran por Adam, pero esperaba que eso ocurriera más tarde. La aparición de Damian hoy había sido un duro golpe para ella.

—Tal vez —dijo Laurel—, pero la próxima vez estaremos preparados.

Hoy la habían tomado por sorpresa. De no ser por ese hombre tan inusual, en este momento Adam estaría muy lejos de su alcance. Ciertamente, era el comisario y tal vez su trabajo era protegerla, pero Laurel creía que nunca había conocido a nadie como Hen.

—Ahí viene —advirtió Adam.

Hen se acercaba hacia la casa con los brazos cargados de higos chumbos.

—Venga, sostenga esto —dijo cuando entró, dejando caer los higos sobre el regazo de la mujer. Luego sacó un cuchillo del bolsillo, partió un higo en dos y lo cortó en rebanadas—. ¿Tiene un paño limpio?

—Sí.

—Corte el resto de los higos de esta forma. Luego póngaselos en los moretones y envuélvase la cara con el trapo. Sanará en la mitad del tiempo.

—Parecerá que estoy lista para el ataúd —protestó Laurel. Luego se quedó callada, mirándolo fijamente—. ¿Por qué ha venido hasta aquí? —preguntó.

—Quería pedirle que me lavara la ropa. —Hen echó un vistazo a su alrededor—. La dejé allí.

—Yo iré por ella —dijo Adam y salió corriendo. Ya había recuperado un poco de seguridad.

—No sé cuándo podré lavarla —le dijo Laurel—. Tengo muchas cosas que hacer. —Laurel sabía que debía lavársela sin protestar, aunque sólo fuera por gratitud, pero una sensación de decepción, de irritación irracional, se había apoderado de ella. A pesar de que ella era intensamente consciente de que Hen era un hombre, él parecía totalmente indiferente al hecho de que ella fuera una mujer.

—Usted no debería hacer nada más hoy.

—Excepto pincharme con unos higos chumbos.

—Excepto eso.

Laurel pensó que había visto una sonrisa, una chispa de humor en esos ojos azules, pero tal vez sólo era el reflejo del sol. En todo caso, ella también sonrió.

—Le diré a la gente que vaya a reclamarle a usted cuando quieran saber por qué su ropa no está lista a tiempo.

—Me parece que sería más apropiado que le hicieran la reclamación a Damian.

De repente, la sonrisa pareció desvanecerse de la expresión de Laurel.

—Eso no haría ninguna diferencia. A los Blackthorne no les importa lo que quieran los demás.

—Debería tratar de llegar a un acuerdo con esa gente. A ese chico no le va a hacer ningún bien quedar atrapado entre ustedes.

—Usted no conoce la situación —dijo Laurel, y su voz sonó otra vez fría y agresiva.

—Cierto, pero usted no puede cambiar quién es el padre del niño.